

# Articular catequesis, liturgia y experiencia de vida: la acción mistagógica

---

Roland Lacroix<sup>1</sup>

## Resumen

Este artículo explora la dimensión mistagógica de la catequesis, destacando la importancia de articular catequesis, liturgia y experiencia de vida. A través de un análisis histórico y teológico, se presenta cómo la renovación catecumenal en Francia durante los años 1940-1960 subrayó la necesidad de vincular estos elementos para una catequesis efectiva. Se argumenta que la catequesis debe redescubrir su carácter kerigmático y mistagógico, siguiendo las directrices del *Directorio para la Catequesis 2020* y las enseñanzas del Papa Francisco en *Evangelii gaudium*. Asimismo propone que la iniciación cristiana de adultos, con su itinerario ritual, sirve como modelo inspirador para una catequesis que integra profundamente la liturgia y la experiencia de vida. También se destaca la importancia de la mistagogía como recurso catequístico. Finalmente, se aboga por una catequesis que no solo transmita conocimientos, sino que también forme en la fe a través de la experiencia litúrgica y simbólica, promoviendo una comprensión integral y vivencial del misterio cristiano.

## Palabras clave

liturgia, mistagogía, iniciación cristiana, renovación catecumenal, experiencia de vida

---

1 Profesor en el ISPC – Institut Catholique de Paris.

## 1. Introducción

El tema tratado por este congreso interesa desde hace tiempo a la teología y a la práctica catequísticas. Hasta podíamos decir que se trata de examinar nuevamente el fundamento mismo de esta teología y de esta práctica. El reciente *Directorio para la catequesis* 2020 (DC)<sup>2</sup> nos invita, además, a relativizar nuestras distinciones habituales entre “primer anuncio”, “evangelización”, “catequesis”, “iniciación cristiana” ... y una especie de nuevo retorno a las fuentes de la catequesis, debiendo ésta volver a convertirse en “kerigmática y mistagógica”, como lo solicita el Papa Francisco en *Evangelii gaudium*<sup>3</sup>. Mi intención se referirá a la dimensión mistagógica de dicha catequesis, en tres puntos.

Primer punto: hemos visto con Joël Molinario la presencia del vínculo entre catequesis y liturgia en la reflexión y la práctica catequísticas de los años 60 en Francia. Cuando era ya cuestión de crisis en la trasmisión de la fe que Joseph Colomb identificaba, desde 1948, con la desaparición del “catecumenado social”<sup>4</sup>, al mismo tiempo en que el aflujo, nuevo, de solicitudes de bautismos de adultos obligó a la catequesis en Francia a considerar la creación de un catecumenado de adultos. Poner de relieve el vínculo entre catequesis, liturgia y experiencia de vida resultó entonces esencial para el aprendizaje de una catequesis de adultos catecúmenos. Subrayaré la aportación de esta “renovación” catecumenal a nuestra problemática.

Segundo punto: no cabe duda de que es posible poner fecha a la conjunción de los dos fenómenos que acabo de evocar – la desaparición del “catecumenado social” y la restauración de un catecumenado de adultos – el descubrimiento por la Iglesia Católica de su tradición iniciadora. En un artículo publicado en 1977 en un número de la revista *La Maison-Dieu* consagrado justamente a la iniciación cristia-

2 Conseil Pontifical pour la Promotion de la Nouvelle Évangélisation, *Directoire pour la catéchèse*, Bayard – Cerf, Paris 2020.

3 Francisco, *Evangelii gaudium*, 163-168.

4 Ver J. Colomb, “Le fait nouveau: disparition du catéchuménat ‘social’”, *Pour un catéchisme efficace. Tome I, L’organisation d’un catéchisme*, Emmanuel Vitte, Paris 1948, 23-32.

na, Henri Bourgeois se preguntaba: “¿Es la Iglesia iniciadora?”<sup>5</sup>. Voy a proponer reconocer el itinerario ritual de la iniciación cristiana de los adultos<sup>6</sup> como verdadero inspirador de una catequesis que desea articular catequesis, liturgia y experiencia de vida.

Tercer punto: según el DC, la catequesis participa en el proceso de la Revelación. El directorio insiste sobre su carácter kerigmático, pero también sobre la necesidad de una “renovación mistagógica” asumiendo así la solicitud del mismo Papa Francisco en *Evangelii gaudium*<sup>7</sup>. Trataré de formular la hipótesis, en respuesta a nuestra problemática, de que es pues necesario redescubrir, en catequesis como en catecumenado, la acción mistagógica.

## 2. La aportación de la “renovación” catecumenal

El teólogo Henri Denis, en un artículo en el boletín de enlace del catecumenado francés en 1965, definía así el catecumenado: “El catecumenado es aquella institución original que reposa esencialmente sobre el vínculo fundamental existente entre una catequesis y un acto litúrgico”. Añadía: “Nos encontramos, pues, sobre un terreno privilegiado para hablar de las relaciones entre catequesis y liturgia”<sup>8</sup>. Lo cual hace relevante convocar la renovación catecumenal en este primer punto.

### 2.1. La relación entre catequesis, liturgia y experiencia de vida, una evidencia catecumenal

Si, Joël Molinario evocó la renovación catequística en su conferencia, yo, por mi parte, evocaré lo que podríamos llamar la renovación catecumenal que data de los años 1940-1960. Lo hago tanto más

5 H. Bourgeois, “L’Église est-elle initiatrice?”, *La Maison-Dieu* 132 (1977) 103-135.

6 *Ordo initiationis christianae adultorum*, Typis Polyglottis Vaticanis, Città del Vaticano 1972. Adaptación francófona: Congrégation pour le Culte Divin et la discipline des Sacrements, *Rituel de l’initiation chrétienne des adultes* (RICA), Desclée, Paris 1997.

7 Francisco, *Evangelii gaudium*, 166.

8 H. Denis, “Place de la liturgie dans l’existence chrétienne et de la tâche du catéchiste”, *Catéchuménat-Documents* 62 (1966).

gustosamente porque la práctica y la reflexión catecumenales no son con frecuencia citadas en la reflexión catequística.

El catecumenado contemporáneo de adultos – al igual que la catequesis – se ha apoyado naturalmente sobre el descubrimiento de las prácticas de iniciación de la Iglesia antigua. Ahora bien, en la iniciación de los catecúmenos de los primeros siglos, no se trataba de “pensar” una articulación entre catquesis, liturgia y experiencia de vida hasta tal punto su vinculación era naturalmente aplicada. De hecho, los Padres de la Iglesia se habrían sorprendido de nuestra problemática.

La pérdida de esa relación es lo que lamenta el liturgista Antoine Chavasse, en 1956, en una sesión destinada a “lanzar” el catecumenado francés. Denuncia una “carencia litúrgica” y una catequesis con demasiada “instrucción”<sup>9</sup> en la renovación catecumenal. Por eso apela a la restauración del catecumenado “en su equilibrio más tradicional”, el equilibrio entre Palabra y sacramento, lamentando que el catecumenado contemporáneo no presente el mismo equilibrio que en los primeros siglos entre catequesis y acciones “sacramentales”, donde la comunidad cristiana ya no asume la misma parte que antes<sup>10</sup>.

Cabe señalar que la especificidad de la reflexión de la renovación catecumenal en aquella época de los años 1950 – 1960, es que la misma se apoya sobre primeras experimentaciones de etapas litúrgicas que los especialistas, ayudados por teólogos, historiadores y liturgos, reconstituían a partir justamente del descubrimiento de las prácticas de la Iglesia antigua.

Se trata pues de la liturgia catecumenal, liturgia que, según François Coudreau, primer responsable del catecumenado de París, es “el alma del catecumenado, su respiración, su vida interior”<sup>11</sup>. No hacerle lugar, es pues mutilar y atrofiar el catecumenado. François

9 A. Chavasse, “Parole et sacrement. Vers l’être chrétien”, *Documentation catéchistique* 37 (1957) 56-65, 64.

10 Chavasse, “Parole et sacrement”, 64

11 F. Coudreau, *Le catéchuménat. Orientations pédagogiques et pastorales*, Service diocésain du catéchuménat de Paris, Paris 1961, 9.

Coudreau subraya así la importancia de la articulación entre liturgia y catequesis, dos dimensiones distintas pero complementarias del proceso catecumenal. Según él, toda catequesis pasa por la celebración – Palabra proclamada, homilía, liturgia preparada posteriormente retomada por el catequista de los catecúmenos. “Así, catequesis y liturgia se apoyan mutuamente para favorecer el progreso en la fe”, explica<sup>12</sup>. La catequesis se convierte entonces en descubrimiento del misterio de la fe expresándose en los ritos gracias a las liturgias catecumenales. Por su parte Henri Denis, ya citado, para subrayar el vínculo intrínseco entre catequesis y liturgia, explica que “el acto litúrgico pide la catequesis” y que “la catequesis prepara y nutre el acto litúrgico”<sup>13</sup>.

La articulación entre catequesis y liturgia es pues, desde su renacimiento, una evidencia en la práctica catecumenal. Es interesante releer hoy a André Laurentin y Muchel Dujarier, también ellos pioneros del catecumenado de adultos en Francia, que explicaban que los ritos, en sí mismos, conllevan “toda la catequesis en su forma kerigmática o inductiva, dialogada y enseñada”<sup>14</sup>. El desafío no es solamente pedagógico, sino también teológico, por dar la liturgia catequizante su dimensión sacramental a la catequesis; lo que está en juego, para André Laurentin y Michel Dujarier, es ponerse a la escuela de la gracia ya actuando en la existencia. Así,

“No existen dos enfoques paralelos e independientes [la catequesis y la liturgia], una de las cuales comunicaría la instrucción y la otra una fuerza interior para practicarla, una reservada a un catequista, la otra a un liturgo. Es la Iglesia quien tiene la iniciativa de la catequesis en el ejercicio de la liturgia. Si el conjunto catequístico se desarrollara paralelamente a las etapas (es decir sin ninguna relación con ellas), si el celebrante de la liturgia no asumiese la coherencia de la catequesis, entonces el significado de los ritos correría el riesgo de verse alterado y caer en lo anecdótico. La función sacramental de la liturgia se vería falseado”<sup>15</sup>.

12 Coudreau, *Le catéchuménat*, 9.

13 Denis, “Place de la liturgie dans l’existence chrétienne”, 16.

14 A. Laurentin – M. Dujarier, *Catéchuménat. Données de l’histoire et perspectives nouvelles* (coll. Vivante liturgie 83), Le Centurion, Paris 1969, 204.

15 Laurentin – Dujarier, *Catéchuménat*, 203.

André Laurentin y Michel Dujarier lamentaban así que, en la práctica, los catecúmenos demasiado a menudo eran congregados en torno a “un tema catequístico”. Sería preferible, según ellos, “constituir una asamblea celebrativa”<sup>16</sup> con ellos, para darles a entender que es Cristo quien los reúne como reunía a sus apóstoles.

El interés de estas reflexiones, que me parecen siempre de actualidad, es también, insisto, que las mismas acompañan una práctica catecumenal naciente, podríamos decir experimental. Incluso ya antes del concilio Vaticano II. Estas reflexiones y esta práctica

experimentales, incluso ya antes del Vaticano II, servirá de inspiración a los redactores del *l'Ordo initiationis christianae adultorum* (OICA) que será promulgado en 1972.

## **2.2. Evidencia en teología catequética y liturgia, dificultad de aplicación**

Las primeras reflexiones inspiradas por la práctica catecumenal naciente, reflexiones en teología catequística y litúrgica, muestran pues la evidencia de articular en la práctica catequesis, liturgia y experiencia de vida.

Charles Paliard, un responsable del catecumenado de los años 1960, hasta detallaba la manera de proceder inspirándose, sin nombrarlas, en las catequesis mistagógicas de los Padres de la Iglesia: “La catequesis desvela por adelantado el sentido de los actos litúrgicos, prepara [así] una participación fructuosa [...]. Después del acto litúrgico, la catequesis permite al catecúmeno tomar consciencia más explícitamente de todo aquello que ha vivido y continúa viviendo gracias al encuentro privilegiado con Cristo”<sup>17</sup>. Charles Paliard añade ya que se trata de una “catequesis de iniciación” que da la palabra a la vez a la Palabra de Dios y a la palabra del catecúmeno, al hacer suyo este último “el lenguaje elemental de la fe”, pudiendo entonces

---

16 Laurentin – Dujarier, *Catéchuménat*, 204.

17 C. Paliard, “La catéchèse dans le catéchuménat”, *Concilium* 22 (1967) 47-51, 48.  
Las cursivas son del autor.

participar en la vida comunitaria, con el fin de que su fe se convierta en “forma’ de vida”<sup>18</sup>. Evoca un “principio rector” de la catequesis para que el progreso catequístico “esté al servicio de la fe unificada”, en torno a “tres hilos conductores”: la coherencia del mensaje sobre el mensaje pascual, la entrada progresiva en la Iglesia, la experiencia humana del catecúmeno para una fe más personal.

Añade: “Todo el arte de la catequesis es tejer estos tres “hilos conductores” tan estrechamente como sea posible para que la fe del catecúmeno se constituya progresivamente en la unidad”<sup>19</sup>. Al igual que André Laurentin y Michel Dujarier, también él subraya la importancia de asociar la catequesis catecumenal a las etapas litúrgicas, si no el significado de los ritos y su función sacramental correrían el riesgo de verse alterados, lo mismo que la coherencia de la catequesis. Notemos que la articulación entre catequesis, liturgia y experiencia de vida está desde entonces comprendida dentro de una perspectiva sacramental.

Estas reflexiones extraídas de un corpus demasiado desconocido muestran la evidencia redescubierta de la articulación entre catequesis, liturgia y experiencia de vida cuando se trató de restaurar el catecumenado. Pero lo que revela también esta restauración es que hay una gran distancia entre la reflexión en teología catequística y litúrgica y su aplicación. En efecto, al igual que la catequesis, el catecumenado tuvo también su “eclipse litúrgico”, del cual nos ha hablado Joël Molinario para la catequesis. Pero de manera más sorprendente, pues el vínculo entre catequesis y liturgia es, en cierto modo, el ADN del catecumenado, como lo señalaba Heri Denis a quien yo citaba en la introducción de mi primer punto. Ahora bien, dicho vínculo no fue precisamente aplicado a la altura de las reflexiones llevadas a cabo, incluso después de la promulgación del *OICA*. La dimensión antropológica dominó, como en catequesis, pero también y quizás sobre todo la dimensión pastoral. El catecumenado se convirtió así en los años 1970-1990 en un catecumenado “pastoral”, cuya característica era abrirse a todos los buscadores de sentido, pero también, y eso

18 Paliard, “La catéchèse dans le catéchuménat”, 48.

19 Paliard, “La catéchèse dans le catéchuménat”, 51.

interesa particularmente nuestra problemática, el querer permanecer lo más cercano a la vida. Lo cual hizo decir a Bernard Hervouët, un responsable diocesano del catecumenado en los años 1980, tras años de experiencia: “Queriendo a toda costa [que los catecúmenos] nazcan a una fe comprometida, a partir “de su vida”, ¿les permitimos suficientemente verse confrontados a la interpelación de la Palabra de Dios, a los lenguajes y a los símbolos de la fe cristiana?”<sup>20</sup>.

Esta evolución de la renovación catecumenal es, sin duda, debida al hecho de que dicha renovación no ha sido suficientemente comprendida como una renovación de la iniciación cristiana misma. De ahí mi segundo punto.

### **3. Una catequesis inspirada por el itinerario ritual de la iniciación cristiana de los adultos**

Hasta aquí, en efecto, ha sido la noción de catecumenado la que ha primado en mi exposición. Y es ciertamente el catecumenado el que se ha convertido en “modelo” para la catequesis. Esto desde el sínodo de los obispos de 1977 sobre la catequesis, que entendió el catecumenado como “modelo de toda catequesis [...], una formación del adulto convertido a la fe y que le conduce a la profesión de fe bautismal durante la vigilia pascual”<sup>21</sup>. Lo cual ha sido retomado por el *Directorio general para la catequesis* de 1997: “El modelo de toda catequesis es el catecumenado bautismal”<sup>22</sup>. Actualmente, el n° 2 del DC retiene que la “inspiración catecumenal de la catequesis se vuelve cada vez más urgente”. Por otra parte, en el n° 64 se precisa que no se trata de “reproducir el catecumenado de manera servil”, sino de “asumir el estilo y el dinamismo de formación”.

Pero, me gustaría hacer ver aquí una ambigüedad referente justamente a la inspiración catecumenal de la catequesis. En efecto, el

20 B. Hervouët, “Intervention aux accompagnateurs de catéchumènes”, Diocèse de Nantes, 13 février 1987, NERF 93 (1987) 9.

21 Synode Des Évêques, *Message au Peuple de Dieu, dans Réalités et avenir de la catéchèse dans le monde. Principaux documents du Synode des Évêques Rome 1977*, Le Centurion, Paris 1978, 177.

22 DGC 59.

riesgo, cuando se evoca el catecumenado, es pensar espontáneamente en acompañamiento, proceso personal, acogida de recién llegados, una pastoral adaptable a cualquier demanda... Esto podría hacer olvidar, también hoy, la especificidad del catecumenado, es decir su papel de puesta en marcha de la iniciación cristiana. Por eso, me atrevo a plantear aquí la pregunta: ¿Sigue siendo todavía pertinente hablar de inspiración catecumenal de la catequesis? Es la iniciación cristiana la que es inspiradora. Pienso que hablar de “una catequesis como iniciación mistagógica”, como lo hace el nº 2 del DC retomando el nº 166 de *Evangelii gaudium*, es más pertinente. Hablar de inspiración catecumenal es reductor y no satisface la necesidad “iniciática” de la articulación entre catequesis, liturgia y experiencia de vida.

### 3.1. El itinerario ritual de la iniciación cristiana de los adultos

Como argumento de la importancia reconocida ya en el *RICA*<sup>23</sup>, baste con citar de Nuevo el DC, sobre el punto que me parece esencial para nuestra problemática. En el capítulo II sobre la identidad de la catequesis, en el nº 69, se subraya que “el itinerario ritual de la iniciación cristiana es una forma consumada de la doctrina que no solamente se realiza en la Iglesia, sino que la constituye<sup>24</sup>.”

Ahora bien, el itinerario ritual de la iniciación cristiana es como el paradigma de la articulación entre catequesis, liturgia y experiencia de vida. El formato de esta conferencia no me permite desarrollar suficientemente este punto, pero señalaré algunos de sus elementos en la continuación de mi charla. Señalemos ya el carácter inédito de dicho ritual en la proposición que hace de un “itinerario”<sup>25</sup> que supone unos “tiempos o periodos que vienen marcados por importantes celebraciones litúrgicas o etapas”<sup>26</sup>, periodos y etapas que tienen una finalidad específica: iniciar a los catecúmenos a la vida

23 En adelante me referiré al *Rituel de l'initiation chrétienne des adultes*, adaptación francófona del OICA. Ver nota 5.

24 Esta reflexión está tomada de J. Molinario, “Conclusion”, en I.-C. Gazzola – R. Lacroix – J. Molinario (eds.), *Parole et rite, un lien fécond. L'initiation chrétienne dans sa mise en œuvre* (coll. Patrimoines), Cerf, Paris 2018, 301.

25 *RICA* 41.

26 *RICA* 41.

cristiana. Cada una de las secuencias del itinerario participa de esta iniciación: itinerario litúrgico – conjunto de ritos de la iniciación cristiana – itinerario catequístico – encuentros con las o los acompañantes – itinerario eclesial – encuentros con la comunidad... el conjunto de este itinerario complejo estructura así la fe naciente de los catecúmenos a partir de su experiencia de vida a la cual están muy atentos los catequistas acompañantes.

Pero lo esencial es que la catequesis de los catecúmenos está estructurada por el programa ritual del *RICA* con la Biblia como primera fuente. Conviene también evocar la proposición que hace el *Ritual* de realizar “celebraciones de la Palabra de Dios [...] adaptadas al tiempo litúrgico”<sup>27</sup> cuya finalidad es “grabar en el corazón de los catecúmenos la enseñanza recibida sobre los misterios de Cristo y sobre la manera de vivir que de ellos se deriva”<sup>28</sup>. Una hermosa inspiración para cualquier forma de catequesis. Pero quizás hayamos perdido la costumbre en catequesis de dejarnos guiar por la acción litúrgica que sin embargo encuentra su plena pertinencia como acto de *traditio*, de transmisión.

### 3.2. Una liturgia catequizante

Desgraciadamente, se pretende con frecuencia oponer catequesis y liturgia con el temor de que el contenido de la fe, si se alienta una catequesis “litúrgica”<sup>29</sup>, pase a un segundo plano. Pero, la ritualidad forma parte por sí misma de los contenidos de la fe. Como escribe el teólogo de la liturgia Patrick Prétot:

“La ritualidad forma parte de los contenidos mismos de la fe: aprender a hacer el signo de la cruz no es solamente una pedagogía corporal para designar el contenido de la fe, sino es “entrar en liturgia” a semejanza de lo que se decía antaño, mediante la expresión “entrar en religión”. El gesto de la señal de la cruz [...] pertenece a los contenidos de la fe transmitida por la liturgia”<sup>30</sup>.

<sup>27</sup> RICA 106.

<sup>28</sup> RICA 107.

<sup>29</sup> La constitución sobre la liturgia *Sacrosanctum concilium* habla de “catequesis litúrgica” (por ejemplo, en SC 31).

<sup>30</sup> P. Prétot, “Liturgie, catéchèse et contenu de la foi”, en J. Molinaro – F. Moog (eds.), *La catéchèse et le contenu de la foi*, (coll. Théologie à l’université), DDB, Paris, 2011, 108-109.

En un artículo titulado “La predicación mistagógica”<sup>31</sup>, Romano Guardini, actor imprescindible de la renovación litúrgica, pone en evidencia la transformación que la liturgia opera en el hombre que celebra. Subraya la necesidad de valorar el momento ritual de la fe en relación a su comprensión y a su apropiación intelectuales:

“Su deber [de la liturgia] no es explicitar pensamientos doctrinales, edificar el sentimiento, comunicar impresiones estético-religiosas. Ella es el acontecimiento vivo en el cual la acción de Dios se hace presente a los ojos, a los oídos, a las manos del hombre; es espacio existencial en el cual el hombre es acogido y recreado para una nueva vida”<sup>32</sup>.

Por lo demás, el DC subraya que la catequesis “modela en la fe y a la fe”<sup>33</sup>. Podemos hacer referencia aquí a la primera etapa del itinerario ritual de la iniciación cristiana de los adultos, llamada en francés “*Entrée en catéchuménat*”, entrada en catecumenado, pero que, en el ritual romano, se dice, literalmente, “rito para hacer los catecúmenos”<sup>34</sup>. En efecto, esta fórmula expresa bien lo que operan los ritos desplegados a lo largo de todo el itinerario, su capacidad formativa. Ahora bien, lo que es verdadero para acompañar la conversión de los catecúmenos – la performatividad de los ritos – puede resultar igualmente cierto para el acompañamiento de la conversión permanente de todo catequizado. La liturgia asume entonces plenamente su papel de “mediación de la catequesis”, según la expresión de Denis Villepelet<sup>35</sup>, para participar en la maduración de la fe de las personas. Si el proceso de iniciación cristiana que el RICA exhibe, aplicando el vínculo entre liturgia, catequesis y experiencia de vida, moldea, fecunda y hace posible un camino gradual de conversión y de maduración de los catecúmenos, ¿no debería ser así para todo itinerario catequístico que podría ser portador de una dimensión sacramental?

31 R. Guardini, “La prédication mystagogique”, *La Maison-Dieu* 158 (1984) 137-147. Artículo sacado de un texto aparecido primeramente en 1942.

32 Guardini, “La prédication mystagogique”, 139.

33 DC 55.

34 *Ordo ad catechumenos faciendos* (cf. RICA 70, n. 2.).

35 D. Villepelet, “La liturgie comme médiation de la catéchèse”, *La Maison-Dieu* 234 (2003) 61-71.

Desgraciadamente, podemos decir que actualmente todavía, en catequesis, “la liturgia busca su lugar”<sup>36</sup>, a pesar de los cuatro párrafos que le son consagrados en el DC<sup>37</sup>, subrayando que la liturgia es “una de las fuentes esenciales e indispensables de la catequesis”<sup>38</sup>. Si la liturgia es “cumbre y fuente de la vida cristiana”<sup>39</sup>, es, pues, sobre su dimensión de fuente en la que toda catequesis debe apoyarse: el desafío es introducir en el misterio de Cristo por el aprendizaje corporal de la fe para su manifestación en la vida cristiana.

Reunir así a los catequizados en la acción siempre inicial e iniciadora de Dios haciendo pasar la fe por el cuerpo. ¿No es el cuerpo el “camino de Dios”, según la hermosa expresión del teólogo de la liturgia Louis-Marie Chauvet?<sup>40</sup>.

El DC evoca pues la importancia del “carácter litúrgico, ritual y simbólico” de la catequesis. Gracias al “uso de símbolos parlantes” y a través de “una valoración renovada de los signos litúrgicos”, puede así dar respuesta “a las necesidades del hombre contemporáneo que no considera [...] como significativo más que las experiencias que le afectan en su corporeidad y su afectividad”<sup>41</sup>. Articular catequesis, liturgia y experiencia de vida, es dirigirse a todo el ser en su integridad: no solamente a su intelecto, sino también a su corporeidad, todos sus sentidos, su corazón, su deseo, su memoria... Catequizar ya nos es únicamente cosa de los catequistas o de los servicios de catequesis, sino es la comunidad cristiana entera la que debe desplegar, de manera progresiva y dinámica, los signos y los lenguajes apropiado a la tradición de iniciación de la Iglesia. No se trata, pues, solamente de integrar alguna que otra liturgia o un momento de oración en un proceso o durante una sesión de catequesis. Para decirlo con palabras de Denis Villepelet: “No se trata de organizar

36 M. Gallo, “Petite histoire d’un processus non-linéaire”, en J. Molinario – R. Lacroix (dirs.), *L’initiation chrétienne, quel avenir? Les cinquante ans de l’Ordo initiationis christianæ adultorum* (coll. Patrimoines), Cerf, Paris 2023, 123.

37 DC 95-98.

38 DC 95.

39 *Sacrosanctum Concilium* 10.

40 Ver L.-M. Chauvet, *Le corps, chemin de Dieu*, (coll. Théologie), Bayard, Paris 2020.

41 DC 64c.

celebraciones litúrgicas para poner en gestos y en palabras lo que se enseña con palabras, se trata de integrar el momento catequístico en la acción litúrgica”<sup>42</sup>.

Vemos los desafíos de la catequesis para inspirarse en el itinerario ritual de la iniciación cristiana de los adultos: favorecer una “comprensión concreta y corporal de la doctrina”<sup>43</sup>, redescubrir la relación fecunda entre Palabra y rito y la fuerza del símbolo ritual, del lenguaje simbólico, aplicación de los itinerarios catequísticos estructurados por la liturgia. Todo esto para proponer “una auténtica introducción experiencial a la totalidad de la vida de fe”<sup>44</sup>. La cuestión planteada por Henri Bourgeois, que yo citaba en mi introducción, es pues siempre de actualidad, con una formulación actualizada: después de toda esta evolución de nuestras reflexiones y de nuestras prácticas, la Iglesia ¿se ha vuelto nuevamente iniciadora? Una de las formas de responder positivamente a esta cuestión es, a mi parecer, redescubrir la acción mistagógica como un recurso catequístico. Este será mi tercer y último punto.

#### **4. Redescubrir la acción mistagógica como recurso catequístico**

El lugar de la mistagogía, es en primeramente la liturgia y las Escrituras, lo cual la vincula intrínsecamente a la acción del Espíritu Santo. Estamos basándonos aquí en la tradición más antigua de la Iglesia.

En efecto, los Padres empleaban con frecuencia el verbo *mustagogéô*, “introducir en los misterios”, para evocar la iniciación sacramental. Señalemos que el sustantivo *mustagogia* y la forma verbal *mustagogéô* podían tener otros significados y no solamente de tipo sacramental. Podían indicar a la vez: la iniciación en los misterios en general; la iniciación en el misterio del bautismo y de la eucaristía; la interpretación de la Escritura; la instrucción sobre los misterios de Cristo, del Espíritu Santo, de la Iglesia; la enseñanza espiritual...

42 D. Villepelet, *L'avenir de la catéchèse*, Lumen Vitae, Bruxelles 2003, 70-71.

43 Molinario, “Conclusion”, 301.

44 DC 242.

El DC, entre las numerosas cualidades necesarias del catequista, recuerda la de ser “mistagogo”<sup>45</sup>. Quizás eso no hubiera sido del agrado de los Padres de la Iglesia para los cuales el único verdadero mistagogo es Cristo; admitamos que esta apelación, nueva, es sugeridora de una nueva manera de comprender la catequesis. De hecho, a partir de los años 2000, la catequesis, por su cuenta, se ha apropiado la noción de “mistagogia”<sup>46</sup>. Pero, con bastante frecuencia extrayéndola de su contexto original – la catequesis y la liturgia – lo cual puede dar lugar a hacerle perder su sentido y que resulte entonces inoperante. Louis-Marie Chauvet ha llegado incluso a hablar de “presión mistagógica”.

En efecto, si se quisiera sugerir con una fórmula el papel catequístico de la práctica mistagógica, se podría decir: en la práctica catequística, no se explica, no se define el misterio de Cristo, uno se introduce en él permitiendo participar del mismo.

#### 4.1. El redescubrimiento de la mistagogia

Fue durante la redacción del *OICA* cuando reapareció la noción de “mistagogia”, una “palabra que suscitó sorpresa”, según Annibale Bugnini, comentarista de la reforma litúrgica del postconcilio<sup>47</sup>. Algunos de los que primero experimentaron el ritual en proceso de redacción hablaban incluso de arqueologismo para lamentar el empleo de nociones y hasta de ritos de los primeros siglos para la aplicación de un catecumenado “moderno”.

Señalemos que al introducir un “tiempo de mistagogia”<sup>48</sup> en la estructura del *OICA*, los redactores se apoyaron principalmente en la práctica mistagógica, en el siglo IV, de las Iglesias de Jerusalén (Cirilo) y de Milán (Ambrosio), es decir una práctica mistagógica después de los sacramentos. Esto animó a reducir la comprensión de la mistagogia como una catequesis posterior a los sacramen-

45 DC 113b.

46 La mistagogia no aparecía ninguna vez en el *Directorio Catequístico General* de 1971, aparecía 6 veces en el DGC, y en 17 veces en DC.

47 A. Bugnini, *La réforme de la liturgie*. 1948-1975, Desclée de Brouwer, Paris 2015, 627.

48 RICA 236-243.

tos de iniciación, teniendo como principal modelo las catequesis mistagógicas de Cirilo de Jerusalén. Ahora bien, en Antioquía, por ejemplo, Teodoro de Mopsuestia catequizaba también a los catecúmenos antes de los sacramentos. A decir verdad, la práctica de la iniciación de los catecúmenos en los primeros siglos, muy diversificada según las regiones, anima a tener en cuenta la dimensión mistagógica del conjunto del proceso de iniciación cristiana.

De hecho, si, según el *RICA*, el tiempo de la mistagogía debe permitir a los neófitos “progresar en la profundización del misterio pascual y traducirlo siempre más en su vida”<sup>49</sup>, tal es la meta de todo itinerario de iniciación cristiana en la articulación que pone en práctica entre catequesis, experiencia litúrgica y desarrollo de la vida cristiana. Así pues, la práctica mistagógica debería desarrollarse durante todo el itinerario, entonces la mistagogía podría desempeñar plenamente su función... mistagógica. Al dar la definición de la mistagogía, “lo que conduce al misterio”, el teólogo de la liturgia Henri Cazelles ofrece un elemento esencial: “palabras que explicitan ritos”<sup>50</sup>.

A lo cual se une Romano Guardini quien, en el artículo ya citado, evoca la necesidad de una “palabra mistagógica” en liturgia pues, dijo ya en 1942, “poco a poco las formas de la [liturgia] han perdido su claridad y su potencia originales”. Esta palabra mistagógica, añade, “sin ser una explicación o una exhortación, [...] suscita el sentido interior” de los ritos. Esta palabra, que por mi parte yo prefiero llamar “palabra catequística”, es más que nunca necesaria hoy pues ella es susceptible de favorecer el vínculo entre catequesis, liturgia y experiencia de vida, tanto en la catequesis como en el catecumenado.

#### 4.2. Atreverse con palabras catequísticas

En realidad, se trata de poner en el corazón de nuestras catequesis la categoría del misterio – el misterio pascual – encontrando en él un espacio de celebración. Espacio de celebración que no se limite a

49 *RICA* 236.

50 H. Cazelles, “Le mystère de la présence de Dieu dans l’Ancien Testament”, en *Mystagogie: pensée liturgique d’aujourd’hui et liturgie ancienne. Conférences Saint-Serge XXXIXe Semaine d’Études Liturgiques*. Paris 1992, Edizioni liturgiche, Rome, 1993, 67.

ilustrar el tema tratado, sino que estructure la catequesis realizada para que se haga “eco de la Pascua en el corazón del hombre” invitando a los catequizados “sin cesar a salir [de ellos mismos] para encontrarse con el Viviente, aquel que da la vida en plenitud”<sup>51</sup>. Nos encontramos aquí en otro tipo de organización de la catequesis diferente del habitual: la Palabra de Dios en el centro, un “uso de los símbolos hablantes”, un “proceso” de diálogo que integra “todas las dimensiones de la persona”, todo ello en el corazón de la comunidad. Para favorecer el “dinamismo experiencial de la fe”<sup>52</sup>, como dice el DC, se trata de hilar la narración de la historia de Jesús y de la fe de la Iglesia y la vida de aquellas y aquellos que la cuentan – catequesis narrativa – y de aquellas y aquellos que la escuchan – la vida de los catequistas y la vida de los catequizados. De ahí la importancia, a mi parecer, de la acción mistagógica. El DC no emplea esta expresión, pero cuando menciona la “necesidad de un itinerario mistagógico”<sup>53</sup>, nos ofrece algunos de sus elementos: una “interpretación de los ritos a la manera de los acontecimientos salvíficos”, una “introducción al significado de los signos litúrgicos”, una “presentación del significado, de los ritos en relación al conjunto de la vida cristiana”<sup>54</sup>.

De manera concreta, se trata de secuenciar los itinerarios catequísticos mediante celebraciones litúrgicas que tejan el vínculo entre Palabra de Dios, rito, palabras catequísticas que acompañen el rito, catequizándolo para favorecer la “travesía”, el “paso” para aquellas y aquellos que lo viven. Pues no es ni natural ni evidente, tanto para los catequizados como para los catecúmenos, el participar en la ritualidad y recibir los ritos. La función de las palabras catequísticas no es explicarlos, sino realzar y subrayar su sentido para, como ya he dicho, favorecer el “paso” mediante esos ritos, pero igualmente para que no se queden en gestos puntuales y que se puedan prolongar en la experiencia de vida de las personas.

Así pues, la acción mistagógica contempla la fe cristiana a partir de los ritos. Aunque, como sabemos, la repetición de algunos ritos es

---

51 DC 426.

52 DC 208.

53 DC 98.

54 DC 98.

esencial en liturgia, cada rito, no es menos importante por el hecho de que no hace más que inaugurar, que no va nunca hasta el final del misterio que revela.

El rito inaugura, luego se detiene. Al hacerlo, permite realizar a los participantes de la liturgia la experiencia esencial en sacramentalidad de la fragilidad de la fe, de la aceptación necesaria de dicha carencia<sup>55</sup>.

Entonces, la acción mistagógica podría ser descrita más concretamente así: se trata de favorecer “la entrada” en el rito mediante una palabra catequística, de vivir el rito acompañado por su palabra específica, luego favorecer la “salida” permitiendo significar la manera en que el rito puede desplegarse en la experiencia de vida de las personas. La acción mistagógica puede así entrar en el misterio pascual haciendo el aprendizaje de la vida cristiana. Como escribe Louis-Marie Chauvet; “El Reino de Dios no está al final de las prácticas culturales como tales; acontece allí donde se vive el *ágape* fraterno”<sup>56</sup>.

Así es como la acción mistagógica tiene como propia la articulación entre catequesis, liturgia y experiencia de vida, y contempla una catequesis estructurada por la liturgia, más “litúrgica” que “temática”. Lo cual exige, por ejemplo, desarrollar, tal y como invita a ello el concilio Vaticano II, el uso de los sacramentales<sup>57</sup>. Podríamos definirlos como gestos que hacen participar en el misterio anunciado. Sacramentales acompañados por palabras catequísticas, antes, durante y después.

55 L.-M. Chauvet, *Symbole et sacrement. Une relecture sacramentelle de l'existence chrétienne* (coll. Cogitatio fidei 144), Cerf, Paris 2008, 182-183.

56 L.-M. Chauvet, “Les sacrements, ou le corps comme chemin de Dieu”, en L.-M. Chauvet, *Le corps, chemin de Dieu. Les sacrements*, (coll. Theologia), Bayard, Paris 2010, 63.

57 “La santa madre Iglesia instituyó, además, los sacramentales. Estos son signos sagrados creados según el modelo de los sacramentos, por medio de los cuales se expresan efectos, sobre todo de carácter espiritual, obtenidos por la intercesión de la Iglesia. Por ellos, los hombres se disponen a recibir el efecto principal de los sacramentos y se santifican las diversas circunstancias de la vida” (*Sacrosanctum concilium* 60); “Revísense los sacramentales teniendo en cuenta la norma fundamental de la participación consciente, activa y fácil de los fieles, y atendiendo a las necesidades de nuestros tiempos”. (*Sacrosanctum concilium* 79).

Lo cual exige también construir itinerarios catequísticos de tipo catecumenal, como lo hacemos nosotros con los estudiantes del ISPC en lo que llamamos “equipos de trabajo”.

Es en este tipo de itinerarios – con miras a la recepción de un sacramento o no – donde la acción mistagógica es quizás más operante, el uso de los sacramentales más significativo. Se trata de estructurar litúrgicamente la catequesis mediante ritos/sacramentales extraídos de la tradición cristiana y por “etapas litúrgicas”, inspirándose en el *RICA*. Estas etapas no son “un más”, sino el centro del itinerario, articuladas con diferentes tiempos de recorrido. El objetivo será que el conjunto se desarrolle como un tejido entre catequesis, liturgia y experiencia de vida.

## **5. Conclusión**

Podríamos leer en *Desiderio desideravi* una invitación del Papa Francisco a catequizar mediante el asombro. El asombro es la maravilla de quien experimenta la fuerza del símbolo”<sup>58</sup>. Los recursos ofrecidos por la tradición cristiana no escasean para hacerlo, ni la experiencia catequística. Así pues, no se trata simplemente de encontrar las palabras para expresar la fe sino encontrar también el lenguaje ritual y simbólico y palabras catequísticas para abrir a nuestros contemporáneos, en el interior de sus experiencias de vida, el acceso al misterio de la fe. Una llamada a la creatividad catequística y litúrgica.

---

58 Francisco, *Desiderio desideravi* 26.